

Mateo 5:43-47, Justicia perfecta: amor al prójimo.

Introducción: Cristo ha dicho a sus discípulos, *“si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”*. Es decir, que sus discípulos debían poseer y actuar en consecuencia, con una justicia que no era un mero formalismo exterior sino una justicia interior, que llenaba sus vidas de adentro hacia afuera, de acuerdo al sentido original de la ley promulgada con Moisés. Los cristianos de todos los tiempos reciben esa justicia de aquel redentor prometido que cumpliría cabalmente todas las exigencias de la ley de Dios. Como evidencia de haber recibido esa justicia, los cristianos al ver su condición lloran al darse cuenta de sus ofensas a Dios y claman a Dios mismo por ser más como su salvador, se gozan en la reconciliación que han recibido y por tanto son verdadero pacificadores como hijos de Dios, aún se gozan en medio de las persecuciones en su contra por ser como Cristo, y así viven una vida de verdadera justicia, que va más allá de la letra del ley, entendiendo su espíritu. Así el Señor Jesús por medio de seis ilustraciones da los principios de esta verdadera justicia que solo pueden poseer sus seguidores. Hoy nos corresponde la última, que seguida de la anterior que nos llama a morir a nosotros mismos, finaliza ahora diciéndonos que debemos amar aún a nuestros enemigos. ¿Cómo puede darse esto?, ¿cómo podemos tener una justicia perfecta traducida en amor al prójimo?

I. Demostrando amor hacia nuestro prójimo

El verso 43 inicia declarando como las demás ilustraciones, el error de la falsa enseñanza que por años había formado una tradición en el pueblo que se había alejado del sentido mismo de la ley de Dios que supuestamente defendían. Cristo condena esta falsa enseñanza señalándola para luego dar la enseñanza verdadera de la Palabra que él mismo había dado: *“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo”*. Pero al buscar en la Biblia no encontraremos mandamiento alguno donde el Señor pida odiar a alguien. Ni siquiera los salmos imprecatorios que piden al Señor el castigo de sus enemigos motiva el odio, pues dichos salmos ponen de manifiesto ante el Señor la injusticia del pueblo impío contra el pueblo de Dios y contra Dios mismo, contra su santa ley, por lo cual tienen un carácter judicial. Con la tragedia que vivimos en esta semana en Bogotá, es justo delante de Dios que las autoridades competentes investiguen y judicialicen a los perpetradores del acto terrorista contra la institución de la Policía Nacional, y contra la nación entera pues al final los policías también son colombianos, incluso extranjeros también se vieron afectados. Pero pedir justicia en este sentido no es una declaración de odio como tal vez mal interpretaron los fariseos respecto a los salmos imprecatorios, y como tal vez interpretan algunos sectores políticos estas cosas. Cristo señala que se había torcido la enseñanza de la ley de Dios, que no era correcto ese dicho de amar al prójimo y aborrecer al enemigo, y nos lleva al sentido original de la ley que es amar al prójimo, quien quiera que éste pueda ser:

A. No solo a los copartidarios

En ese sentido el Señor llama la atención desde los versos anteriores a tener una actitud compasiva y amorosa hacia todos, no complaciente y de agrandar al que es malo, en virtud de demostrar el amor de Dios al prójimo, al que está próximo a nosotros. Ya sea de nuestro mismo credo o no. Los escribas y fariseos llegaron a pensar que solo los judíos eran su prójimo, incluso entre ellos mismos había divisiones porque unos eran considerados “piadosos” mientras otros eran considerados impíos, como los cobradores de impuestos. Los demás no judíos, eran vistos como perros y sin dignidad alguna, desconociendo la dignidad que Dios ha dado a todos los hombres por haber sido hechos a imagen y semejanza del creador, olvidando aún el mandato específico de amar al extranjero,

aunque no fuera judío, Dt. 10:19, Ex. 23:9. Se podrán imaginar correctamente el odio mutuo generado entre judíos y gentiles en consecuencia. Pero para derribar esta pared de odio vino Cristo, y vino a enseñarnos que no solo los que piensan similar a nosotros, que comparten nuestras creencias, que procuran las mismas cosas identificándose con nosotros o como uno de nosotros es nuestro prójimo al que demos demostrar el amor de Dios. ¿Cuántos de nuestros vecinos nos acompañan en esta reunión?, ¿Cuántos compañeros de estudio y de trabajo?. Bueno, ellos también son nuestro prójimo. En la parábola del buen samaritano Cristo describe gráficamente una manera de demostrar el amor al prójimo, sin importar quién pueda ser este, no solo los copartidarios,

B. Sino también a los detractores y enemigos

“Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen”, es lo que escuchamos de Cristo en el verso 44 de nuestro texto. Como hemos reflexionado antes, esto solo lo puede hacer el cristiano, el que no busca represalias, que no responde las ofensas y agravios personales con odio y amargura, pues ha muerto a sí mismo, y es capaz de caminar más de lo que le obligan llevando una carga, no está preocupado por sí mismo, y de acuerdo a esta última declaración, ama a estas personas que no son muy amables con él; y ha comprendido que su deber es amar al prójimo, incluso cuando este sea su enemigo. No trata a los demás dependiendo de lo que sean o han hecho. Pues saben que todos somos pecadores, y solo los redimidos hemos escapado del lazo del diablo por la voluntad de Dios, los demás siguen cautivos. Por eso no se llenan de enojo y amargura ante las ofensas y persecuciones que puedan sufrir; en lugar de ello, demuestran el amor de Dios al prójimo procurando su bienestar, haciéndoles el bien que puedan, orando por ellos que Dios tenga misericordia y les de arrepentimiento para vida. No devuelven mal por mal ni maldición por maldición, sino venciendo el mal haciendo el bien, Rom. 12:21, 1 Pedro 3:9. Esto es,

C. Con el amor recibido del Padre celestial

“para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”, es lo que dice el Señor en el siguiente verso. Ojo, no quieres decir que haciendo estas cosas nos vamos a convertir en hijos de Dios, sino más bien, como ya somos hijos de Dios, somos llamados a imitarlo en todo, y demostrar su amor que ya hemos recibido, dando de gracia, sin esperar nada a cambio, de lo que él nos ha dado. La razón de amar a nuestro prójimo no es que es buena gente, nos agrada, nos trata bien, nos da cosas o hace cosas por nosotros. La razón de amar al prójimo es porque somos hijos de Dios que demuestran el amor de su padre celestial a todos, tal como él mismo lo hace. Y esto lo desarrollamos en nuestra segunda reflexión.

II. Con el amor de Dios

Esta verdadera justicia que es el amor al prójimo, se hace solamente con el amor de Dios. No con el amor egoísta que hemos aprendido del mundo pecador que solo busca lo suyo, su propio beneficio y ventaja. No con el amor idealista y sentimentalista de las novelas o ideologías de “paz y amor” o “tolerancia” que nos venden los medios de comunicación y la psicología, donde por ejemplo no hay que castigar al niño para que no se traumatice, y solo hay que tratarlo con ternura para que un día llegue a ser tierno, donde no hay que perseguir y judicializar a los terroristas sino hablarles bien y atender sus requerimientos como muestra de buena voluntad para que ellos hagan lo mismo. No se trata de esta caricatura del amor, se trata del único amor genuino, del amor de Dios que nos dice: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel*

que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Ese amor que constantemente nos habla de Cristo nuestro salvador, que nos deja ver por todos los medios su tierno cuidado. Y Cristo ilustra ese amor de Dios,

A. Que tiene cuidado de su creación

Dios no suele evitar que llueva y salga el sol en las fincas productivas de los incrédulos y que solo llueva y salga el sol en la de los creyentes. No solo bendice a los creyentes con la abundancia de sus recursos naturales que ha puesto al servicio de la humanidad entera. Dios no suele bendecir solamente los esfuerzos legítimos de los creyentes y prosperar únicamente sus empresas, también bendice los esfuerzos de los que no son creyentes, y no siempre su prosperidad obedece a actuaciones ilegales. Dios demuestra su amor y cuidado de su creación constante. De modo que nadie puede tener excusa de no haber visto jamás evidencia alguna de su amor, si no llegan a conocer a Jesucristo, no pueden desconocer los beneficios de la naturaleza que Dios creó. Este amor divino, es un amor

B. Que procura el bien de todos

Una descripción preciosa de este amor lo narra el apóstol Pablo en 1 Cor. 13:1-7, pero el salmista también manifiesta este amor latente en la creación y providencia de Dios, Salmo 104, especialmente el verso 24. Es cierto que solo los escogidos de Dios reconocerán este amor porque Dios mismo les abre los ojos y les da vida para que crean. Pero toda la humanidad goza de los beneficios que Dios da a su creación en general, pero a pesar de ello, no todos son humildes y reconocen ese amor y cuidado divino. Pero los escogidos de Dios no solo ven ese amor en la creación, sino que lo ven en su salvador Jesucristo, quien se ha dado por ellos en sacrificio por el pecado para darles vida eterna, y los lleva a orar por toda clase de personas en el mundo entero, conforme se nos exhorta en 1 Tim. 2:4. Pero es solo este amor de Dios

C. Que nos capacita para amar

Es imposible cumplir esta ley de Cristo si el Espíritu de Cristo no está en nosotros. Es imposible dar de lo que no tenemos, es imposible amar a nuestros enemigos si no entendemos que nuestra posición ante Dios sin Cristo es de enemigos que merecen solamente la ira y condenación eterna de Dios sobre nosotros, pero por Cristo, fuimos librados de esa ira, y fuimos llenados con ese amor como bellamente nos expresa el apóstol Pablo en Rom. 5:1-11, leámoslo ahora mismo. No es en nuestra fuerza y capacidad natural que lograremos amar a nuestros enemigos, a los jefes difíciles de sobrellevar, al cónyuge testarudo que no quiere someterse a la voluntad de Dios, al hijo desobediente y contumaz, a los blasfemos e injuriadores, al que no es sincero en sus palabras y acciones hacia nosotros, al que no cree ni se goza en Cristo como nosotros. Solo Dios nos capacita para amar, al enseñarnos la grandeza de su amor en Cristo.

III. Un amor completo

Este amor del que habla Cristo en el Sermón del monte es un amor completo, esta es nuestra reflexión final. No es un amor a medias, no es una caricatura del amor, es un amor completo y perfecto como es la fuente de dicho amor. Cristo nos manda amar al prójimo con el amor del Padre celestial, demostrar un verdadero amor:

A. Que va más allá de lo externo

Más allá de acciones físicas como no matar o caer en inmoralidad sexual, o destruyendo a otros también con las palabras que proferimos. Va más allá el compañerismo o simpatía que podamos tener con algunas personas, sino un amor genuino que busca el bienestar de todo el que esté



cercano a nosotros, incluso el que se comporta como enemigo. Cristo dice: *“Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?”*. La misma gente que manifiesta odio y maldad hacia otros, tiene un círculo de personas a las cuales muestra compañerismo, simpatía, cordialidad y hasta lealtad. Si nos limitamos a mostrar el amor de Dios únicamente a la gente que nos agrada, no hay nada en nosotros que pueda mostrar diferencia a los que están sin Dios en el mundo, ¿qué verán de diferente en nosotros?. Cristo nos llama a ser diferentes, y mostrar un amor diferente, un amor completo, perfecto, como el de nuestro Padre celestial.

B. Que va más allá de la cortesía y respeto

Otra vez dice Cristo, *“Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles?”*. ¿Podemos llegar a saludar al vecino o familiar incómodo, hablar con cortesía y respeto al que es irrespetuoso y arrogante?, o ¿solamente lo hacemos con el que nos agrada?, es más, ¿lo hacemos con sinceridad en nuestro corazón o simplemente por un formalismo que nos deje bien delante de los demás como personas educadas, morales y tolerantes?. ¿Consideramos la dignidad del otro por ser hecho a la imagen de Dios?, ¿o más bien consideramos nuestra reputación y bienestar?. Bueno, el Señor nos ha dado un amor tal que debemos demostrar a todos, no solamente mediante formas corteses y respetuosas, sino anhelando sinceramente el bienestar de nuestro prójimo, anhelando su salvación, y haciendo cuanto esté a nuestro alcance por mostrarles al salvador. Esto es, un amor

C. Que manifiesta la perfección de Dios

La conclusión de Cristo a esta parte de su sermón es: *“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”*. A Dios no le falta absolutamente nada, su amor no carece de virtud alguna, no se puede señalar de defectuoso o incompleto. Y nuestro llamado es buscar esa perfección, viviendo como nos enseña nuestro Padre celestial. ¿Es este nuestro compromiso como cristianos?, ¿ese es el cristianismo que estamos dispuestos a vivir?, ¿o nos conformamos como los no creyentes en decir: “pues nadie es perfecto”?

Conclusión: El cristiano llora por esto, al verse vil, lleno de pecado y de incapacidad en sí mismo de andar en esa perfección, incapaz de manifestar el amor de Dios, completo, perfecto. Pero su llanto es escuchado por Dios, quien le limpia de todo pecado en Cristo, quien le muestra su tierno amor y cuidado como Padre celestial, y le enseña a confiar en su amor, y a demostrar ese amor reaccionado piadosamente ante las tribulaciones, persecuciones y ofensas a las que pueda ser sometido, sabiendo que tiene un gran galardón en los cielos, anhelando que otros también puedan disfrutar ese galardón. Mostrando así en su forma de vivir una gran diferencia entre los que son hijos de Dios y los que no lo son, viendo la gente en ellos algo muy especial, totalmente distinto a los demás, esto es, el amor de Dios. Si Dios es nuestro Padre este amor está en nosotros, roguemos al Señor que podamos disfrutarlo y manifestarlo en verdad en la cotidianidad de nuestra vida. Oremos.